

d e b a t e

Saber más sobre el niño siempre ayuda

Entrevista a Lidia Agazzi

Cero en Conducta ha entrevistado a la doctora Lidia Agazzi, destacada psicoanalista, para conocer sus puntos de vista sobre el tema de "Debate" del presente número: Los niños problema.

¿Cuáles son los motivos principales por los cuales los niños son llevados a consulta?

Diría que, en relación con la escuela, hay tres grandes motivos de consulta: por *problemas de aprendizaje*, por *trastornos de conducta* y por *síntomas* específicos que perturban la integración del niño en la institución (por ejemplo, enuresis o encopresis).

Obviamente, estas categorías de uso frecuente en el medio pedagógico no son categorías conceptuales, sino descriptivas, y tal vez lo primero que hagamos los psicoanalistas sea tratar de "encontrar al niño detrás del rótulo". Porque cualquier manifestación conductual puede estar referida a causalidades internas diferentes. Así, la agresividad de un niño que pone en jaque a un maestro puede estar relacionada, tanto con una situación vital transitoria (por ejemplo, una reacción maniaca ante la pérdida de un ser querido), como ser indicio de un desequilibrio emocional

más profundo (por ejemplo, un desborde prepsicótico).

Lo cierto es que se consulta porque el niño "no quiere aprender", o "da lata", o es "agresivo y nos tiene a todos de cabeza"; pocas veces porque el niño es solitario, o retraído, u obedece ciegamente, sin cuestionar.

Y se consulta cuando "las papas que man", cuando ya no se sabe más qué hacer, cuando las terapias conductuales o sintomales fracasan, cuando se repite el año, generalmente el tercero... Y cuando uno comienza a indagar, se da cuenta de que los problemas se vienen arrastrando desde hace mucho, a veces desde antes del ingreso a la escuela. Y que si saltaron a la luz, saltaron por el fracaso escolar.

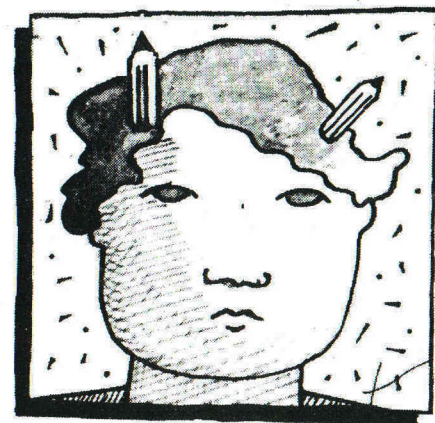
Entonces, si la gama de motivos de consulta que tenemos es muy amplia, y si su causalidad es aún mayor, es necesario saber en cada caso de qué se trata, hacer un diagnóstico diferencial para ubicar cada problema y poder canalizarlo de manera adecuada. Lo interesante es ver que, en la mayoría de los casos de problemas escolares, los determinantes últimos son de carácter afectivo; que muchos de los trastornos llamados de atención o de concentración responden a dificultades emocionales; que muchos niños caracterizados

como *débiles mentales fronterizos* presentan en realidad problemas de contrainteligencia o inhibición parapsicótica, etcétera. Y que son muy pocos los casos en que encontramos determinaciones orgánicas o funcionales de peso, lo que nos hace pensar en la necesidad de revisar estos *rótulos* y actualizar nuestro conocimiento de los procesos de constitución del psiquismo a la luz de la importancia que, para el desarrollo intelectual del niño, tiene la relación afectiva con sus semejantes.

Tú decías que alrededor del tercer año escolar se presenta una agudización o se manifiestan estos problemas. ¿Pudieramos pensar, entonces, que la escuela influye en la situación de estos niños?

Lo del tercer año es algo que se ve en México, creo yo, por el tipo de programas que ha tenido que establecerse ante la alta deserción escolar. Los primeros años de primaria son de exigencia de aprendizaje lato, no siempre adecuado a los escasos recursos de conceputación y abstracción del niño. De hecho, si un niño tiene dificultades, puede que las arrastre hasta el momento en que la institución le exija que ciertos requisitos estén ya logrados: cierto nivel en la lectoescritura y el manejo operatorio de las matemáticas, por ejemplo. Y ese momento parece ser el tercer año. A mí me ha llamado la atención esto: muchos de los niños que traen a consulta por problemas de aprendizaje están en tercer año. Tal vez habría que revisar estadísticas y ver cuáles son los años que más se repiten, y tratar de ver el porqué de esto con relación a los programas de enseñanza.

Pero los programas escolares, aun cuando puedan mejorarse, siempre están pensados con relación a una masa



de estudiantes y no atendiendo las diferencias individuales. Esto representa un problema muy difícil de resolver institucionalmente, y hace caer el peso del asunto sobre la instrumentación y el manejo que cada escuela, cada docente, puedan hacer de un programa. Y sabemos lo desorganizador que puede ser para una institución tener un alto índice de niños con problemas, y lo terrible para un maestro no saber qué hacer con estos niños, con quiénes derivarlos, qué actitud tomar. Quedan, entonces, dos caminos: o cerrar los ojos y no dar cabida a estas diferencias, o reconocer que el problema es complejo y complejas las soluciones que podemos dar.

En términos generales, creo que la escuela influye deteniendo o precipitando, mejorando o empeorando ciertas problemáticas, pero no podría hablar de instituciones *neuróticas*, como ciertos autores lo hacen, sino de la operación neurótica de una institución.

¿Cuál es, en general, la demanda, lo que se espera del psicoanalista de niños?

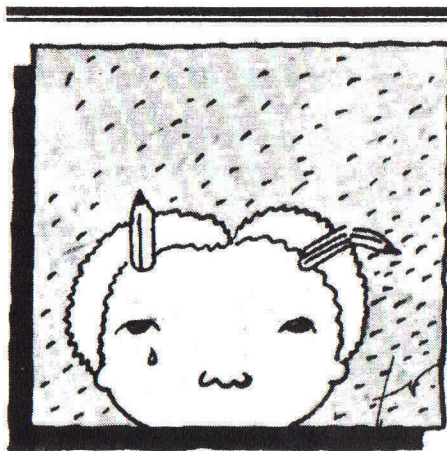
En el mejor de los casos, que alivie al ni-

ño y a la familia de un cierto sufrimiento. En el peor, que lo adapte. Y digo en el peor porque a veces es difícil hacer comprender a los padres que el trastorno del niño está en relación con una problemática familiar compleja y con una historia de dificultades compartidas, que muchas veces requieren un proceso largo y penoso para lograr una mejoría, y que esta mejoría a veces no pasa por el parámetro de que el niño deje de dar lata, sino porque empiece a darla.

¿Consideras que es posible que los maestros tengan una preparación que les permita manejar mejor estos problemas?

Creo que no sólo es posible, sino necesario. Porque aun cuando los maestros sean a veces reticentes a tomar cursos extracurriculares o a dedicar esfuerzos a cuestiones no pedagógicas, ellos también son víctimas —por así decirlo— de la situación. Son los maestros quienes la mayoría de las veces detectan y se hacen cargo como pueden de estos problemas que los rebasan, y cuya responsabilidad tendría que ser repartida y reubicada.

El maestro vive situaciones difíciles con algunos niños y no sabe qué hacer, y, como los padres, recurre a su intuición o a su experiencia. Pero este pragmatismo no siempre le resulta; como cualquiera, se saca de sus casillas y termina utilizando medidas punitivas que empeoran las cosas. Porque es cierto que estos niños alteran el ritmo de la clase, cambian los proyectos de enseñanza del maestro, frustran sin quererlo los intentos de comunicación; y terminan siendo reprobados o expulsados de la institución, generando a veces sentimientos de culpa e impotencia en el maestro.



Es necesario conocer un poco más a fondo los problemas de estos niños, saber que se está enseñando, no a un ente abstracto, *niño*, sino a un sujeto particular que atraviesa etapas emocionales distintas, no siempre en coincidencia con su edad cronológica, ni con lo que se espera de él, sino en coincidencia o no con ciertos movimientos estructurantes del psiquismo, con su historia afectiva y sus circunstancias de vida. Saber más sobre los principios de constitución del psiquismo y sobre la alteración de estos procesos, saber más, siempre ayuda.

En algunas escuelas existe el psicólogo escolar, ¿cuál crees que puede ser el papel de estos profesionales dentro de las escuelas?

Tan importante y fundamental como el resto de los miembros de la institución. El problema consiste en que muchas veces bajo el rubro *psicólogos escolares* se forman *testistas*, profesionales que no están capacitados para abordar estas cuestiones de manera más profunda. Se les enseña a aplicar una batería, a decir

este niño es normal o no en función de ciertos estándares, pero no se les capacita para hacer intervenciones más especializadas, diagnósticos diferentes, que son mucho más complicados y obviamente llevan más tiempo y requieren una participación conjunta del psicólogo, los padres y el maestro, para entender cada caso particular y buscar la solución adecuada. Cuando el psicólogo escolar entiende esto, se desburocratiza y se acerca a sus colegas de la institución con el afán de aprender juntos y de compartir problemáticas, su tarea puede dar muchos frutos. Cuando en aras de un falso profesionalismo se ubica *por encima* de los padres y de los maestros, haciéndolos culpables, no logra otra cosa más que aumentar las resistencias y el rechazo a su intervención.

Si no captamos esto, lo mismo podría pasarnos a los psicoanalistas de niños. Yo abogo, entonces, por la formación de equipos interdisciplinarios, con gente de dentro y, si es necesario, de fuera de la institución, que pudieran empezar a escucharse mutuamente y a buscar soluciones conjuntas, no solamente sobre la base de un *saber* compartido, sino sobre la base de un *no saber*. En este sentido, la tarea del psicólogo escolar, como nexos y propiciadores de estos espacios de comunicación y trabajo, sería muy importante.

Un poco a manera de síntesis, ¿podríamos decir que hay niños problema o que hay niños con problemas?

Que hay niños *con* problemas, y que los problemas de estos niños a su vez generan otros al medio en el que están, se trate de la familia o de la escuela. Aunque esto no nos dice nada si no sabemos leer, interpretar en cada caso y en cada ámbito de qué se trata en particular.

Aquí las generalizaciones de los manuales no nos ayudan, porque cada niño y cada institución es un universo por explorar.

En este sentido, ¿podríamos pensar que estos niños con problemas, a través de su comportamiento, nos están diciendo algo, nos están mandando un mensaje?

En cierta forma. Porque si hay un *decir*, un mensaje del niño a través de su trastorno, su sentido le es ajeno, inconsciente. Es tarea nuestra descifrarlo y ponerlo en palabras, hacerlo accesible al niño y a sus padres, para que ellos puedan a su vez recapturarlo como mensaje en toda su intencionalidad.

A veces nos olvidamos de que estos niños que generan problemas *padecen* el problema, y que esto implica siempre una cuota grande de sufrimiento. Cuando alguien tiene un trastorno, ya sea físico o psíquico, ya sea un dolor de muelas o un dolor del alma, quiere ser atendido y escuchado en eso que le pasa. Y la propuesta del psicoanálisis tal vez sea ésta: escuchar, escuchar cada vez un poco mejor.

